



LA ESCUCHA DE LA PALABRA

- *Ex 34, 46-6.8-9. Señor, Señor, Dios compasivo y misericordioso*
- *Sal: Dan 3, 52-56. ¡A ti gloria y alabanza por los siglos!*
- *2 Cor 13, 11-13. La gracia de Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo*
- *Jn 3, 16-18. Dios envió a su Hijo para que el mundo se salve por él.*

LA SANTÍSIMA TRINIDAD.



La fiesta que celebramos este domingo no es una invitación a descubrir el misterio que se enciende detrás de “Un Dios en tres personas”, sino que es una invitación a contemplar a Dios que es amor, que es familia, que es comunidad y que creó a los hombres para hacerles comprender ese misterio de amor.

El misterio de la Santísima Trinidad, más que para ser especulado, es para ser amado y vivido en nuestra interioridad. Al menos, así parece que es mucho más sabroso y “digerible”. La razón es, por lo general, más fría e impersonal. Mientras que el amor es todo lo contrario

En esta fiesta de la Santísima Trinidad, Dios nos llama a vivir unidos, a ser capaces de alumbrar la parte del mundo que vive en oscuridad, a cambiar el odio por el amor, la guerra por la paz, en definitiva a ser capaces de transformar el mundo en un lugar habitable y confortable para todos. Dios no es un ser solitario, sino un ser comunitario. En el matrimonio se hace patente el amor de Dios desde el día en que decidimos compartir nuestras vidas poniéndole en el centro de ellas y creando una familia en la que tratamos cada día de vivir los valores cristianos.

Dios es amor. El amor se manifiesta entre personas y por eso creemos firmemente en la fiesta que celebramos hoy: la Santísima Trinidad “tres personas en un solo Dios verdadero”. Estas tres personas son distintas entre sí, dada la diversidad de su misión: Dios Hijo-por quien son todas las cosas- es enviado por Dios Padre, es nuestro Salvador. Dios Espíritu Santo-en quien son todas las cosas es el enviado por el Padre y por el Hijo, es nuestro Santificador.

Lo vemos claramente en la Creación, en la Encarnación y en Pentecostés.

En la Creación, Dios Padre está como principio de todo lo que existe, en la Encarnación, Dios se encarna, por amor a nosotros, en Jesús, para liberarnos del pecado y llevarnos a la vida eterna, en Pentecostés, el

Padre y el Hijo se hacen patentes en la vida del hombre en la persona del Espíritu Santo, cuya misión es santificarnos, iluminándonos y ayudándonos con sus dones a alcanzar la vida eterna.

Este misterio desborda nuestra capacidad de comprensión pero la fe supone el encuentro con el ser que queremos y nada hay más sencillo y más sublime, desde la perspectiva del entendimiento y el afecto humano, que sentir necesidad y creer en un Dios amor que se entrega por nosotros desde la acogida y el perdón.

La fiesta de la Trinidad nos recuerda que todo amor verdadero, por humilde y pequeño que sea, tiene “sabor de Dios” y por lo tanto, el amor matrimonial y todas las formas de vivenciar nuestras relaciones interpersonales, cuando están basadas en la comprensión, aceptación y tolerancia, son manifestaciones del amor trinitario en el mundo en que vivimos.

Ante tantas experiencias positivas relacionadas con el amor en las manifestaciones de la vida no necesitamos mayores evidencias y comprobaciones para comprender el misterio de la Trinidad, sino más bien para descubrir y confiar que el Dios que nos ama permanece en nosotros ahora y en la eternidad.

En este día también recordamos de una forma especial a las hermanas y hermanos nuestros, monjes y monjas, “los contemplativos”, unidos a ellos en la adoración y en la plegaria que constantemente hacen al Dios vivo.

TESTIMONIO EN LA PANDEMIA

El servicio de un diácono en la Pandemia



Uno de los ministerios que realizamos los diáconos es el de presidir las exequias de los cristianos. Desde hace casi dos años, desempeño esa labor en el tanatorio de Pozuelo, colaborando con las parroquias de la zona. Esta labor, para mí, es un regalo, pues puedo acompañar y despedir a hermanos míos que ya han partido a la casa del Padre y también acompañar a la familia y amigos.

En estos meses, también se me pidió ayuda en el cementerio de La Almudena de Madrid, donde pude asistir los viernes.

Humanamente me ha resultado muy impactante, dolorosísimo, hasta el punto de que la oración se convertía en un grito al cielo. Familias, más bien, una mínima representación de familiares -como bien sabemos, a lo sumo tres personas-, hombres y mujeres destrozados por no haberse despedido de su familiar y que, hasta preguntan, si el cuerpo que hay en ese ataúd es el de su ser querido, pues tampoco lo han velado, no le han dado un último beso, ni han podido ver por última vez su rostro -quizá solo antes de su ingreso en el hospital-.

Ante esa situación, haces lo que puedes, más bien, lo que la Iglesia te ha encomendado: anunciar una palabra de Vida y de esperanza; sí, aún en el dolor, hay una palabra de esperanza. Cuántas veces habré repetido en la casi centena de respuestas en estos dos largos meses, que yo no puedo responder a las dudas ni al dolor, pero sé Quién es la respuesta: Aquel que asumió ese dolor, que sufrió en sí mismo esa angustia, y que, además, ha vencido a la muerte, sí, es el primero de entre los muertos: el primero en resucitar, Jesucristo.

¿Cómo lo haces? Con todo el cariño de una madre, de la madre Iglesia.

En alguna ocasión, me encontré solo ante el ataúd pues ningún familiar podía asistir ya que estaban en aislamiento; al menos, la esposa pudo seguir la celebración por teléfono. O cuando, te piden con lágrimas en los ojos y en el corazón si pueden retransmitir el responso por video llamada para que la hermana del fallecido o los nietos puedan también estar ahí porque no les dejan de otra manera. Momentos humanamente casi imposibles, pero regados de una gracia, del amor inmenso de Dios Padre que sabe lo que es vivir la muerte del Hijo.

Providencialmente, a finales de enero, tuve una formación sobre el acompañamiento en el duelo impartida por los Camilos. Se nos hablaba de la importancia de acompañar al doliente; de los diferentes duelos que podemos encontrar... y ahora, puedo decir, que los duelos de un familiar enterrado en este tiempo de confinamiento es uno de esos duelos difíciles en los que tenemos que estar como Iglesia, como comunidad parroquial, como hermanos.

Una de las grandes lecciones que en estos días he aprendido ha sido el valor de la oración y de la Eucaristía: surge un deseo inmenso de poner en el altar a esos difuntos a los que no se les ha podido despedir como pide nuestro corazón y poner también la soledad de sus familias.

En estos días ha resonado un canto que resume muy bien lo que he vivido, dice: “Estoy contigo, con tu cruz en mi espalda. Todo terminará bien, Yo hago nuevas todas las cosas. Yo vengo a traerte Vida, Vida en abundancia.”

*Eduardo Crespo,
Diácono de Jesucristo*

Contigo desde casa, frente al covid-19

“Dios me invitó a descubrirle en la enfermedad cuando pillé el coronavirus”



Para mí es un tiempo de Dios, un tiempo para descubrir nuestra limitación y la grandeza del amor que Él nos tiene. Le doy muchas gracias porque en este tiempo me ha abierto los ojos –soy muy cabezota y me cuesta aprender-, me invita a encontrarle en los silencios de mi habitación y en la soledad del aislamiento, descubrirle en las realidades que evito constantemente –la enfermedad cuando pillé el virus, la muerte de un queridísimo sacerdote muy cercano, etc.-, comprender y vivir como hoy más que nunca está junto a mí y me sostiene. Y siempre le pido que me conceda la gracia de “contagiarme” de Él, de su alegría, de su presencia.

*César Vázquez
Seminarista de la Diócesis de Madrid*

AVISOS PARROQUIALES



DOMINGO 14 DE JUNIO
Día del CORPUS, día de la Caridad.

Misas 9, 10, 11:30 y 13h

Misa a las 20h con BENDICIÓN